



Aviso Legal

Artículo de divulgación

Título de la obra:	Europa, Occidente
Autor:	Galasso, Guiseppe
Forma sugerida de citar:	Galasso, G. (1998). Europa, Occidente. <i>Cuadernos Americanos</i> , 1(67), 57-63.

Publicado en la revista: *Cuadernos Americanos*

Datos de la revista:

ISSN: 0185-156X

Nueva Época, Año XII, Núm. 67, (enero-febrero de 1998).

Los derechos patrimoniales del artículo pertenecen a la Universidad Nacional Autónoma de México. Excepto donde se indique lo contrario, este artículo en su versión digital está bajo una licencia Creative Commons Atribución-No comercial-Sin derivados 4.0 Internacional (CC BY-NC-ND 4.0 Internacional). <https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>



D.R. © 2021 Universidad Nacional Autónoma de México.
Ciudad Universitaria, Alcaldía Coyoacán, C. P. 04510, México, Ciudad de México.

Centro de Investigación sobre América Latina y el Caribe
Piso 8 Torre II de Humanidades, Ciudad Universitaria, C.P. 04510,
Ciudad de México. <https://cialc.unam.mx/>
Correo electrónico: betan@unam.mx

Con la licencia:



Usted es libre de:

- ✓ Compartir: copiar y redistribuir el material en cualquier medio o formato.

Bajo los siguientes términos:

- ✓ Atribución: usted debe dar crédito de manera adecuada, brindar un enlace a la licencia, e indicar si se han realizado cambios. Puede hacerlo en cualquier forma razonable, pero no de forma tal que sugiera que usted o su uso tienen el apoyo de la licenciante.
- ✓ No comercial: usted no puede hacer uso del material con propósitos comerciales.
- ✓ Sin derivados: si remezcla, transforma o crea a partir del material, no podrá distribuir el material modificado.

Esto es un resumen fácilmente legible del texto legal de la licencia completa disponible en:

<https://creativecommons.org/licenses/by-nc-nd/4.0/legalcode.es>

En los casos que sea usada la presente obra, deben respetarse los términos especificados en esta licencia.

EUROPA, OCCIDENTE

Por *Giuseppe GALASSO*
DIRECTOR DE *COMPRENDRE*,
SOCIEDAD EUROPEA
DE CULTURA

EN LA TRADICIÓN EUROPEA es muy difícil distinguir en su origen las nociones de *Occidente* y *Europa*. Por el momento lo principal es recordar qué es lo que entendemos o podemos entender como tradición europea. Nuestra noción actual de Europa se identifica principalmente con la noción geográfica del término. Así pues, Europa es el espacio, definido como espacio continental, continente, que se extiende entre el Océano Glacial Ártico y el Mediterráneo, si consideramos los meridianos, y entre los Urales y el Océano Atlántico, según los paralelos. Hemos de tener en cuenta que dicha definición geográfica no es una noción unánimemente aceptada. Según la opinión de renombrados geógrafos, Europa, por lo que se refiere a sus límites, no es un continente en el verdadero sentido de la palabra; se trata más exactamente del apéndice peninsular noroccidental del inmenso cuerpo continental formado por Asia, ya que en su mitad occidental, con las grandes estepas rusas y ucranianas, entra orgánicamente en el espacio asiático del que no se la puede distinguir. Otros geógrafos, que piensan que existe una unidad natural afro-asiática, mal separada por el hombre con la apertura del istmo de Suez, hacen que la tesis de la inexistencia sustancial de un carácter continental de Europa sea todavía más clara.

Más difícil todavía es la cuestión desde el punto de vista histórico. Desde esta perspectiva, efectivamente, el término *Europa* ha tenido una consistencia muy variada a través de los siglos. En la antigüedad, los griegos y romanos hablaban ya de Europa, pero ellos consideraban como tal solamente el espacio europeo mediterráneo bajo su control. Los romanos ampliaron este espacio sobre todo con la latinización de la península Ibérica y de las tribus célticas, entre el Rin y los Pirineos. Ésta fue la primera, poderosa continentalización

de la denominación de *Europa* y, también, una extensión decisiva si consideramos el papel histórico de los dos países —el hispanoportugués y el francés— en la historia moderna de Europa y del mundo entero. De todas formas, tras la caída del Imperio Romano el uso del término *Europa* se hizo más incierto y problemático. En pocas palabras, será necesario llegar a los tiempos del Humanismo y del Renacimiento para que el concepto *Europa* asuma su completo e intenso significado moderno. E incluso entonces veremos que se trata de una Europa aún pequeña, poco más extensa de la que consideraban los historiadores como la Europa del periodo de Carlomagno.

Esta primera Europa comprendía, de manera plena y clara, el archipiélago Británico, las penínsulas Ibérica e Itálica, el país francés y el germánico y, en sus límites, Escandinavia, Polonia, Bohemia y Hungría. Era una Europa que terminaba en Buda y Cracovia. Más allá existían dos espacios, si bien implícitamente diferenciados entre sí: los Balcanes, ocupados por los turcos otomanos y el país que nosotros llamamos Rusia y confinantes, donde todavía se estaba jugando la partida entre los pueblos eslavos y los mongoles y tártaros, que desde hacía muchos siglos habían impuesto su dominio. Los otomanos eran, en un cierto sentido, los herederos de la potencia política de la desaparecida Bizancio; Rusia, naciente en torno a Moscú, se erigió, a su vez, como heredera espiritual de Bizancio con el traslado a Moscú del patriarcado de Constantinopla tras la caída de la ciudad en 1453, avanzando también pretensiones al título imperial de la antigua Roma, mantenido por Bizancio durante un largo periodo de mil años (fue entonces precisamente cuando los soberanos de Moscú asumieron el título de zar, es decir, César).

De esta manera la primera Europa repitió la tripartición del espacio europeo en cristiano católico, cristiano ortodoxo y musulmán, que ya había caracterizado la situación de la Europa medieval; esta vez sobre una base geográfica diferente porque en aquellos tiempos el Islam medieval estaba presente en la península Ibérica y en Sicilia y la Cristiandad ortodoxa se encontraba en Constantinopla. Así pues, esta tripartición confirmaba la identificación más o menos total entre Cristiandad católica y lo que se creía y de hecho era Europa; identificación que expresaba también el sentido de los mil años de historia vividos en esta parte del mundo desde la caída del Imperio Romano. La unidad religiosa católica se vio interrumpida, en pleno Renacimiento, por el movimiento de la Reforma protestante, pero ello no influenciará el proceso histórico del desarrollo

de la conciencia europea. Católica o protestante, Europa continúa considerándose y proponiéndose como una gran unidad histórica de civilización y cultura.

La Edad Moderna estuvo caracterizada por una progresiva extensión de las fronteras de lo que en lo sucesivo, y siempre con mayor nitidez, se considerará Europa. La línea Cracovia-Buda fue definitivamente superada a principios del siglo XVIII por la potencia austriaca más allá del Danubio y por el impulso dado por la gran acción histórica del zar Pedro I, justamente llamado El Grande, a la definición política, al desarrollo material y cultural y al dominio del pueblo ruso. Contemporáneamente, la Europa histórica se ampliaba a partir de los límites carolingios y terminaba coincidiendo con el espacio que en los atlas y tratados geográficos se indicaba ya en el siglo XVII como una de las partes del mundo a las que se reservaba el nombre de *continente*. Así pues un cambio de gran importancia se había producido en las ideas geográficas con el paso de la óptica esencialmente mediterránea del mundo antiguo a la óptica esencialmente continental de la Europa moderna. La continentalidad iniciada por los romanos, como ya he dicho, había entrado en un momento decisivo de desarrollo en tiempos de Carlomagno (como es bien sabido y reconocido) con la conquista de Alemania, entre el Rin y el Elba y, como opinaba Henri Pirenne, con la ruptura de la unidad mediterránea a causa de la expansión islámica en el siglo VII. El momento culminante llegó en el siglo XVI con lo que se podría definir el desplazamiento atlántico del centro de gravitación de la civilización europea. Evidentemente, fue determinante el efecto de los grandes descubrimientos geográficos que siguieron al gran viaje de Cristóbal Colón y, sobre todo, de las consecuencias extremadamente importantes de estos descubrimientos.

Precisamente una de estas consecuencias fue la primera referencia al espacio europeo y a toda su fisonomía civil y cultural ya no dentro de aquella dimensión euro-afro-asiática, que hasta el momento se había considerado y que desde siempre formaba el encuadre espacial de las experiencias europeas.

Europa empieza a aparecer como una parte, pequeña —tal cual era— del globo, reservada a los destinos del hombre; y las implicaciones religiosas y éticas, filosóficas y teológicas, ideológicas y políticas de esta pequeña parte fueron numerosas. En todo caso, fue entonces, a partir del siglo XVI, cuando en el horizonte europeo comenzó a constituirse un Occidente en el pleno sentido del término. Y fue también en esa misma época cuando este Occidente

comenzó a ser el escenario de una prodigiosa expansión de poblaciones europeas que culminaría con los grandes movimientos emigratorios de los siglos XIX y XX, a causa de los cuales existe hoy en día una población europea fuera de Europa más numerosa que la de la propia Europa.

Sin embargo, las dimensiones materiales y demográficas de la constitución de tal Occidente han sido superadas por otros aspectos del fenómeno.

De la contraposición entre Oriente y Occidente se había ya hablado en la antigüedad. La tradición helénica se fundaba totalmente sobre este antagonismo. En sus orígenes encontramos los poemas homéricos que fueron considerados desde diferentes puntos de vista precisamente como la descripción de una lucha entre occidentales y orientales. Pero fue sobre todo durante las Guerras Médicas cuando la contraposición se desarrolló plenamente; y desde entonces el punto principal de la contraposición se fundó ante todo y por excelencia sobre un valor esencial: el tema de la libertad política como cuestión *in primis et ante omnia* de dignidad del hombre. Los orientales no tenían libertad y como consecuencia de esta falta carecían de dignidad. A la *polis* libre helénica correspondía el despotismo asiático. El signo evidente de esta doble falta era el ritual de la prostración de los súbditos de los soberanos asiáticos que un ciudadano de cualquier *polis* griega no habría podido jamás practicar. Cuando Alejandro Magno pretendió por parte de sus compañeros y súbditos griegos y macedonios tal demostración de sumisión, apareció una cuestión insuperable: la *proskynesis*, el arrodillarse, habría despojado a los griegos de su libertad y de su dignidad al mismo tiempo. La pérdida de esta tradición griega fue, a su vez, a partir de los sucesores de Alejandro en el mundo griego, la demostración evidente de que sus reinos e imperios ya no pertenecían al helenismo auténtico, a la verdadera civilización política de Grecia.

Los romanos pensaban más o menos de la misma manera. Cuando Augusto combatió en Accio contra Antonio y Cleopatra, esta lucha representó precisamente el combate de la tradición y de los valores cívicos romanos contra el oscuro y misterioso, pero ciertamente tiránico y despótico Oriente: razón por la cual esta batalla ha sido presentada también como la lucha de la Luz contra las Tinieblas. Toda la evolución institucional del Imperio Romano se fundó en el paso del *principatus* (el emperador como *princeps*, el primero) al *dominatus* (el emperador como *dominus*, señor) y, por consiguiente, con un proceso de orientalización progresiva de la figura del soberano.

Es necesario destacar lo siguiente. Es decir, que el carácter político y liberal de la oposición entre Oriente y Occidente no implicaba una total desvalorización del Oriente. A Oriente se reconocían cualidades y un papel de máxima importancia. En materia religiosa y filosófica, por ejemplo, Oriente figuraba como una fuente inagotable de iluminaciones y valores: *ex oriente lux*, he aquí una expresión cristiana de amplia significación que indica precisamente esto. Bajo otros aspectos también Oriente era considerado cuna indiscutible de caracteres nobles y superiores. Los romanos exaltaban su origen troyano y los propios reyes de los francos habrían pretendido, a su vez, ser descendientes de la desgraciada ciudad de Héctor y Paris, la antigua Ilión. Pero todo esto no impedía que el punto esencial fuera siempre el mismo: la diferencia respecto de la libertad, que en último término fue también el elemento que determinó la distinción entre la Iglesia cristiana occidental y la Iglesia de Oriente: la primera, irreductible ante el poder político; la segunda, brazo espiritual del Estado.

Durante siglos esta contraposición permaneció inalterada en su inspiración. Citaré sólo dos ejemplos italianos: Maquiavelo en el siglo xvi (¿qué es lo que distingue al rey de los franceses del sultán otomano? esto: el primero es rey de hombres libres y debe obedecer a las leyes y a las constituciones del reino; el sultán es el déspota de una masa de sujetos) y Cattaneo en el siglo xix observaron que el Oriente estaba ciertamente dotado de riquezas, obras de arte, refinamiento, placeres de la vida, etc., pero no poseía civismo, es decir, sentimiento de lo que forma la base esencial, la condición previa de la libertad y de la dignidad del hombre conjuntamente.

Es superfluo insistir sobre este motivo de contraposición que creo es evidente para todos y que en nuestra época ha sido la razón dominante del debate político e ideológico incluso a nivel internacional: la lucha del mundo liberal contra el mundo totalitario del comunismo ha sido, precisamente, la lucha entre Occidente y Oriente.

Por el contrario lo que sí merece ser subrayado es que en un cierto momento el término *Occidente* ha prevalecido netamente sobre el término *Europa* y todo lo que anteriormente se indicaba como europeo ha empezado a ser señalado como occidental. El pasaje se ha producido entre las dos guerras mundiales y se ha convertido en definitivo inmediatamente después de la segunda.

¿Cuál es el motivo de esta sustitución y prevalencia terminológica? Parece evidente: desde que Europa ya no es el centro de la riqueza y del poder mundial, la *Heartland*, la cuna de la civilización

y de la cultura entendidas preferentemente como ciencia y tecnología; desde entonces, se ha preferido usar el término *Occidente* para indicar las mismas cosas supremas, los mismos valores ligados al nombre y a la tradición europea. Maniobra de dislocación terminológica posible, únicamente, porque la Europa fuera de Europa que desde hacía tres, cuatro, cinco siglos se había ido desarrollando incesantemente más allá de los océanos, había adoptado, haciéndolos suyos y persiguiéndolos, los mismos principios éticos y políticos, los mismos ideales culturales, el mismo *way of life* de Europa. Los Estados Unidos han sido —como bien se sabe— el eje, el gozne esencial de esta evolución. Es sólo gracias a ellos que en la última mitad del siglo (pero en realidad ya desde la Primera Guerra mundial) Europa ha podido rebrotar y superar la terrible amenaza que ella misma representaba para sus valores y para el corazón de su más alta tradición, para lo que sobre todo ella ha contado y cuenta en la historia de la Humanidad. Pero el proceso continúa, es más, hace ya tiempo que no se limita a los Estados Unidos. No hablo del mundo latinoamericano, ni anglosajón, de Canadá a Australia y Nueva Zelanda que comparten o pueden compartir plenamente la civilización política de la madre patria. Me limito a señalar que desde el punto de vista económico hoy en día existe un Occidente que se extiende desde Nueva York a Singapur y más allá y que tiene en el Japón una potencia gigantesca, pero no la única, de un desarrollo impresionante. Y yo no me detengo en el aspecto, por otra parte fundamental, que en el caso del Japón la occidentalización —o europeización— política no parece ser inferior a la occidentalización económica.

¿Tienen los europeos plena conciencia de lo que significa este desarrollo del Occidente? Me permito dudarle. El Occidente ha sido la gran creación de Europa: creación ideal, de principios y de ideas y creación en materia de hechos. Consiguientemente, de Europa, en el mundo, existe más de lo que se piensa; y esto se puede expresar también afirmando que actualmente en el mundo existe mucha menos necesidad de Europa porque lo que ella ha representado en el curso de la historia continúa su marcha y se incrementa. Hoy día, todavía más que en el pasado, lo que Europa debe temer no está fuera de ella. La pretendida defensa del cine y de las producciones europeas contra la “invasión” norteamericana o japonesa es patética y desmiente principios europeos fundamentales. Es mejor reconocer que la necesidad de Europa en un mundo europeizado es, como ya he dicho, menos fuerte que ayer para la salvaguardia

del espíritu de la civilización europea y recordar que actualmente, y más que nunca, lo que Europa debe temer se encuentra precisamente en su interior. Es decir, la presunción orgullosa de ser todavía la sal indispensable de la tierra en el mundo de una globalización que es también una completa europeización. Es decir, la incapacidad de dotarse de los sistemas necesarios para la supervivencia de sus libertades y de su economía. Es decir, el olvido de su personalidad cultural y moral más auténtica. Es decir, el espíritu de renuncia, de dimisión. Es decir, el rechazo de su historia de grandeza a causa de un inconcluyente complejo de culpa. Es decir, la continuación de sus viejos juegos de Estado y étnicos. Pero ¿para qué continuar? El pasado nos demuestra, incluso con demasiada evidencia, que Europa tiene la capacidad de convertirse en la más terrible enemiga de sí misma.

Traducción del italiano de Luisa Ibáñez Pelechá